

EL AJUAR

A últimos de Julio regresó Cesáreo de Roma, precediéndole unos cuantos días Jenaro Rosa que estudiaba en Cagliari.

Pocos momentos después de la llegada, los dos amigos estaban juntos. ¡Qué aire pálido de gran señor tenía Cesáreo y qué extraño perfume de opoponax exhalaba su ropa blanca!

Estando Ana en el cuarto con Cesáreo, entró Jenaro Rosa. Marchóse ella, siguiéndola una larga mirada del joven.

—¿Es ésta tu prima? preguntó Jenaro.

—Sí: hasta yo casi no la conozco. Se ha puesto muy hermosa ¿no es verdad?

—¿Cuántos años tiene?

—No sé—dijo Cesáreo, cambiando la conversación.—Pero Jenaro insistió.

—Me han dicho que tiene novio.

—¿Sí? No le falta más que un marido. Angela es la que está pedida por Demeda.

—¡Angela! Me alegro...

Jenaro, tres años antes, había estado enamorado de Angela y de Lucía, pero ya no se acordaba de ello. Igual le acontecía á Cesáreo que ya había olvidado á la que le escribía cartas floridas y aquélla que le había truncado su carrera militar.

A la hora de cenar Cesáreo habló de Roma. Sus lentes resplandecían y su bella figura pálida representaba, en aquella mesa casi patriarcal, algo desconocido y extraño. Nel y Antonino lo miraban con la boca abierta y María Fara, su madre, sentía que se llenaban sus ojos con lágrimas de ternura y orgullo.

Ana miraba las manos de Sebastián fuertes y morenas y miraba las manos de Cesáreo. Ni aun Lucía tenía unas manos tan blancas, tan hermosas y delicadas. Las uñas largas, violáceas, bien cuidadas, resplandecían á la luz de la lámpara, y Ana no sabía explicarse si era respeto ó desdén lo que sentía por el primo ilustre de la camisa perfumada...

Cesáreo reanudó su antigua vida; encerrábase días enteros en su habitación, tumbado sobre el lecho, leyendo. Había traído buena provisión de novelas de todas clases, traducidas del francés. ¡Hasta las novelas italianas prefería leerlas en las malísimas traducciones francesas!

Poco tardaron en ser amigos Demeda y Cesáreo.

Todas las tardes venía Jenaro Rosa á casa de Valena para salir de paseo con Cesáreo. Juntos pasaban también la noche. A veces regañaban. Entonces Cesáreo ha-

blaba de Rosa con una sonrisa de piedad y de ironía. Jenaro era terrible. Ninguno sabía caricaturizar mejor á Cesáreo, imitando su voz, su gesto y aquella triste sonrisa espectral...

Sin embargo, Cesáreo estudiaba más que Jenaro. Al decir de Demeda, Cesáreo ocultaba un verdadero ingenio bajo aquella superficie de joven-viejo con el cabello encanecido á los veinte y tres años. Estaba al corriente de la literatura moderna, conocía los clásicos italianos y extranjeros y había comenzado un gran trabajo—*La organización de Cerdeña bajo la dominación romana*—que presentaría como tema al doctorarse.

* *

Pedro visitaba á su novia todas las tardes. Parecía que con él había entrado en casa de Valena una jubilosa ráfaga de vida.

No sólo Angela lo atendía durante la visita; todos le esperaban y agasajaban.

Él contaba las novedades del día; llevaba periódicos, libros y dulces. Todas las chicas se reunían en torno de él y á través de la atención con que le escuchaban, riendo y sonriendo á par de él, casi no se distinguía quien era la novia.

Algunas veces acudía á la tertulia Jenaro. Entonces se hablaba de política, alzando la voz, sin acordarse de la presencia de las chicas. Ana se había dado cuenta de una cosa: que á Jenaro le gustaba más estar en la reunión de las muchachas que ir

de paseo. Miraba éste con espíritu complacido á la niña. Ella sentía el fluido misterioso de la mirada del joven, pero no comprendía el sentimiento que aquella mirada le despertaba. Con la ingenuidad y la inteligencia que la caracterizaban, Ana conocía que Jenaro quería decirle algo, pero no se atrevía á interrogar su corazón.

En presencia de Jenaro experimentaba un vago sentimiento de gozo y temor—primer desperezo de la pasión—pero, al marcharse el joven, Ana lo olvidaba.

Abandonábase, entre indecisas fantasías, á un extraño regocijo.

—¿Por qué estás tan alegre? le preguntaba Sebastián.

—No sé, respondía ella. Y tornaba á reir ruidosamente sin motivo, mientras él la miraba receloso.

* *

Pedro Demeda fué trasladado á una ciudad de Italia. Se habló entonces de la boda y quedó concertada para la Pascua del año siguiente, tiempo necesario para confeccionar el ajuar de Angela.

Después de una conferencia entre Pablo y su mujer, una mañana fué llamada Angela al despacho de su padre. Sabiendo de qué se trataba, Angela empalideció, ligeramente ruborizada.

Pablo escribía.

—¿Qué quieres, papá? preguntó Angela.

—Tenemos que hablar, respondió Pablo

rápidamente. Te casarás por Pascua. ¿Cuánto necesitas? Tu madre dice que 2.000 pesetas. Me parece mucho...

Angela levantó la cabeza y miró á su padre. Parecióle sorprender un leve sufrimiento en su rostro, y pensó instintivamente en los dispendios que había costado la estancia de Cesáreo aquel año en Roma.

—Tú te encargas de todo. Ya sabes que yo no entiendo de estas cosas. Tu madre me habló también de muebles. Pero ¿quién es una locura teniéndote que marchar tan lejos?

—Si, padre; al menos la alcoba nupcial debe ponerla la esposa...—dijo Ana, arrepiñtiéndose al instante de sus palabras.

—Bien. Pensaremos en ello. Por lo pronto te doy mil pesetas...

Abrió un cajón y le entregó la cantidad. Angela salió turbada del despacho; invadida de una vaga tristeza al pensar que dentro de un año estaría lejos de su casa, en un mundo desconocido.

En un instante corrió por la casa la noticia de que Angela tenía mil pesetas y enseguida vino Catalina á pedirle una peseta, ó por lo menos, dos reales.

—Márchate, le dijo Angela, si no quieres enojarme.

Más Catalina la importunó toda la tarde. Era que Antonino la había encargado de buscarle una pequeña cantidad. ¿Para qué? Misterio.

—Mañana comenzaremos el ajuar, dijo Angela á Pedro en un momento en que quedaron solos.

—¿Harás las compras aquí?

—Está claro. En la hechura no gastaremos ni un céntimo. Algún vestido...

—¿Quieres qué escriba á Cagliari, á mi prima Gracia, la monja? Ya sabes que las monjas bordan muy bien.

—No; no, exclamó Angela vivamente. Todo lo bordará Ana, que tiene manos de hada. Me ha prometido bordarlo todo, y ya ha empezado...

Y se volvió, señalándola. Ana trabajaba aunque ya era casi de noche.

Angela y Pedro hablaron de otra cosa.

—Me parece que sufres, preguntó él mirándola. Ella estaba pálida y nerviosa.

—No; no tengo nada.

—¿Te duele la cabeza?

Después de la caída del caballo, Angela padecía fuertes dolores de cabeza.

—No; de verdad, no tengo nada. Pienso sólo en los días que estarás lejos, añadió tímidamente.

El sonrió, contentándola:

—Regresaré... y para siempre.

De retorno, al pasar junto á Ana le dijo Angela:

—No trabajes más, que ya no se ve.

—Dejadme; tengo que acabar esta punta, contestó la muchacha.

Pedro se inclinó para mirar y en aquel instante entraron Antonino y Nel con Jenaro Rosa, en busca de Cesáreo.

—Es un bordado Richelieu, dijo Ana y después contestó á Jenaro que preguntaba por Cesáreo. Sí; ha salido. Es tarde. ¿Por qué ha venido tan tarde por él?

—¡Me esperaba! pensó Jenaro. También contempló el bordado, exclamando:

—¡Qué paciencia! Es el trabajo de Ariadna ¿no es verdad?...

—No; es un bordado Richelieu, repitió ella.

—¡Ah, Richelieu!... ¿Y por qué Richelieu?

—Porque llevaba el cuello bordado así; exclamó Pedro riendo.

—¡Dichoso Richelieu! añadió Jenaro.— ¡Quién estuviera en su lugar!...

Ana no comprendió la galantería.

—¿Por qué en su lugar? Si ha muerto.

—Sí; lo sé. Pero quiero decir en lugar del bordado que lleva su nombre...

Ana de improviso cesó en su labor; metió en la bolsa de costura todos los útiles de trabajo y se levantó.

—¿Dónde habrá ido Cesáreo? preguntó el joven.

Ana no respondió acorde. Seguramente no había entendido, porque contestó:

—Son los pañuelos de Angela.

Después que Pedro se marchó, Ana estuvo en el huerto paseando, al oscuro, inquieta.

Iba de la oscuridad á la luz, y desde el fondo del pecho le salía una voz repitiendo:

—¡Quisiera ser Richelieu!

* *

Compráronse las telas, los encajes, los bordados, los pañuelos, las toallas y co-

menzó el trabajo, continuo, fatigoso, deliciosísimo.

Como había dicho Angela, no se gastaba un céntimo en la hechura del ajuar.

Se cortaba y se cosía en casa. Ana bordaba constantemente. Flores blancas transparentes, pájaros que parecían tender el vuelo sobre un horizonte blanco, rosas en relieve, cifras góticas y extraños ramos de hierbas blancas, surgían bajo aquella aguja casi invisible, en tanto que sombras misteriosas cruzaban por la frente de la joven bordadora. Ana prefería hacer bordados Richelieu. Lucía cosía en máquina, su madre cortaba, y Angela, nerviosísima, guardaba.

Angela no se contentaba con nada; no sonreía, no bromeaba. Irritábase por poca cosa; obligaba á deshacer las hermosas letras que Ana bordara pretextando estar mal hechas. Sólo al llegar Pedro tranquilizábase.

Llegaron las vendimias. Hubo que suspender la confección del ajuar. Se hizo alguna excursión, alguna gira alegre y ruidosa.

Jenaro continuó cortejando á Ana, pero de un modo vago. Sebastián no dejaba ni un momento de vigilar á su prima.

Jenaro no decía una palabra ni hacía un gesto que pudiera comprometerlo. Parecía un buen muchacho que quisiese nada más que amistar con una chica. Ocupábase de los bordados, de las labores, de los cabellos y del modo de vestir de Ana, y á ninguna otra cosa aludían sus palabras.

—Si ha terminado el pañolito ¿quiere enseñármelo? le decía.

Ella lo traía; él lo examinaba minuciosamente, haciéndola ruborizarse al decirle:

—¡Tiene usted manos de hada! ¡Quién sabe en qué pensaría al hacer tan lindas cosas!

Después la miraba, exclamando:

—¿Por qué se ha puesto ese vestido? Con el blanco está hermosísima.

Un día le preguntó:

—¿Por qué no se recoge el cabello sobre la nuca, como Angela y Lucía?

—No se puede. Es mucho.

—Sí es mucho, pero ¡qué lindo!

La obsequiaba con flores y con dibujos para los bordados. Bien pronto la olvidaba y á veces ni siquiera le dirigía una mirada. Ella sufría horriblemente, cayendo en un malhumor que extrañaba á Sebastián, así como las exaltaciones de alegría á que se abandonaba á ratos.

El la creía una chiquilla, no acordándose de que ya en ella despertaba la mujer y que Jenaro Rosa—por quien siempre Sebastián sintió una instintiva antipatía—le había robado ya el corazón de ella.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO RUIZ"
Edo. 1625 MONTERREY, MEXICO

LA BODA

Así que pasaron los melancólicos días de Octubre y terminaron las vendimias dejando impregnada la casa de olor á mosto y á las últimas frutas guardadas en la despensa, todos partieron.

Marchóse Cesáreo; se fué Jenaro y también Pedro Demeda. Con Pedro partió Pablo Valena á gestionar sus negocios.

Desde todas las estaciones telegrafaba Pedro para calmar las nerviosidades de Angela.

Tan pronto se posesionó el novio de su nuevo destino—en una ciudad histórica de la alta Italia—Angela se calmó y la casa de Valena volvió á su antigua existencia tranquila.

Nel y Antonino volvieron á la escuela. Los pensamientos de Angela y su madre volaban muy lejos... María Fara pensaba con tristeza en aquel pobrecillo Cesáreo que había partido enfermo, con una tos seca y extraña.

Pasaron muchas semanas; la niebla inva-